



SE IMPRIME
Por la imprenta HISPANO-URUGUAY,
CALLE DEL OLIMAR 229
SALIENDO LOS DIAS
Martes, Jueves y Sábados
POR LA TARDE

EL CLAMOR PUBLICO

SUSCRICION

Por un año \$ 10.00
Por seis meses 5.50
Por un mes 1.00
Número suelto 0.10
Número atrasado 0.25

DIRECCION
Y ADMINISTRACION
CALLE DEL OLIMAR, N.º 229

PERIODICO LIBERAL E INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR: SEBASTIAN B. TORRES

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente, pagándose a arón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado a los principios de programa y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autoriza la exigencia gratuita del número.

A los comerciantes

A. VÁZQUEZ-GÓMEZ.—Ofrece sus servicios, calle del Carmen 13—Montevideo.

Empieza libros de contabilidad y arregla los mal llevados.—Hace cobros, pagos, ventas y compras por comisión.—Ejecuta los trabajos relativos a concordatos y quiebras.—Encargase de correspondencia, particular y mercantil, contratos etc.—Asegura contra incendios y sobre la vida.—Tramita asuntos judiciales y administrativos.—Darematas.

EL CLAMOR PUBLICO

La bandera del héroe

EPISODIO HISTÓRICO

La sangrienta guerra del Paraguay parecía llegar a su término.

Las últimas batallas habían extenuado al enemigo, que se retiraba perdiendo terreno pero de una manera heroica.

Cada cuadro de terreno conquistado costaba un combate o una batalla, pero donde cada batallón era diezmando, y aun quitado.

Sin embargo, el ánimo de aquellos valientes no decaía; cada día parecía que se presentaban al combate con nuevos bríos y nuevos alientos.

Los paraguayos por su parte, peleaban con toda la bravura de su raza indómita y la desesperación del que defiende su patria, su hogar y su familia.

Aquella guerra amenazaba no concluir sino como concluyó: con el exterminio del último paraguayo.

El ejército marchaba ya hacia Humaitá, a tiro de bala de los paraguayos, donde éstos habían aglomerado todos sus elementos.

Los paraguayos mantenían su comunicación con el Chaco, comunicación que era perjudicial para los aliados, que dominaban los ríos.

Fué entonces que el general Rivas decidió cortar a toda costa aquella comunicación.

Al efecto, se mandó desembarcar en el Chaco a los batallones 1.º Legión de voluntarios, mandada por el general Matoso, el 3 de línea, mandado por Pagola, batallón Córdoba que mandaba el general Riezo, y el bizarro batallón Ríoja, que mandaba el valeroso y esforzado Gaspar Campos.

En el primero de voluntarios estaban los capitanes Rom, Casullo, Pérez, Patrio, Ezeurra y José Cherlo.

La bandera se había confiado aquel día al alférez Estevan Guelves, por hallarse en comisión el abanderado.

La Legión saltó a tierra primero y empezó a marchar hacia el punto que debía ocupar.

El coronel Matoso marchaba alegremente a la cabeza de la valiente Legión.

Se creía que los paraguayos disputarían la posición por no debilitar a Humaitá, aunque les interesaba seriamente conservarla.

Apenas habían marchado unas diez cuadras cuando fueron atacados bruscamente por una gruesa columna de infantería, que se hallaba emboscada allí cerca.

Los paraguayos habían atacado al arma blanca y sin disparar un tiro.

La sorpresa fué grande; el batallón no tuvo tiempo de formar el cuadro y fué envuelto por aquel ataque impetuoso y bravo.

Muchos de los soldados habían abandonado el inútil fusil, que no podían esgrimir y peleaban con sus cuchillos a puñaladas, uno contra seis u ocho.

Los oficiales rotas las espadas, combatían cuerpo a cuerpo con pelazos de éstas, que hacían servir como cuchillos.

Ya no se oía la voz de mando, cada cual peleaba por su cuenta, como cada soldado, y Matoso se contentaba con mirar aquella carnicería, sin poder hacer otra cosa.

Los soldados caían aquí y allí sin exhalar una sola queja y con el pecho acerbillado a puñaladas o bayonetas.

Y los cuerpos que venían más atrás no podían tampoco proteger a la legión, porque también habían sido atacados por otras columnas que, emboscadas, habían estado esperando el desembarco.

En menos de un cuarto de hora de combate desesperado y magnífico, la 1.ª legión había perdido la mitad de sus plazas y más de una mitad de sus oficiales.

Cherlo, Ezeurra y Pérez se batían en un grupo, de una manera imponente, al extremo que los paraguayos no se atrevían a estrechar la distancia que de ellos los separaba.

La banda se había retirado a la orilla del río, con el abanderado que tratando de salvar la reliquia a su valor confiada, se había retirado de la recia del combate donde la hubieran perdido indudablemente.

Los momentos eran solemnes y la legión no veía llegar protección alguna.

Los soldados caían cada vez en mayor número, y se esperaba el momento en que ninguno quedara en pie.

Y, oculta en una espesura, la banda no había sido aún apercebida.

Por más grande que sea el peligro el soldado argentino no pierde nunca el ánimo.

Y mientras sus compañeros caían bajo el puñal y la bayoneta paraguaya fin que les esperaba a ellos mismos entre los milicos de la banda y el abanderado sostenían un diálogo muy chusco.

—Lo que es así,—exclamó el héroe Estevan Guelves,—no me arrancan la bandera ni con la vida, pues en cuanto los vea dirigirse aquí, me envuelvo en ella y me arrojo al agua.

—Pero tendré que morir en aguas enemigas puesto que éstas son aguas paraguayas—dijo el sargento de la banda, criollo de imponderable bravura.

—Eso no es cierto—terminó Guelves,—estas son aguas argentinas porque están bajo la bandera de la patria que flama en ellas; desde aquí veo la insignia del almirante Murature.

Y en verdad, el viejo león de los mares cruzaba en aquel momento frente al Chaco, con su viejo buque empavesado como era su costumbre.

Ya de la primera legión de voluntarios solo quedaba un pelotón de soldados y un grupo de oficiales: todos los demás habían perecido a causa de las heridas horribles.

No bien hubo terminado Guelves la última palabra del diálogo, cuando fué visto por los paraguayos, que se lanzaron sobre él inmediatamente, dando gritos de placer al ver la bandera.

Rápido como el pensamiento, el alférez Estevan Guelves se envió con la bandera por sobre los brazos, alzando las puntas en el cinturón y se arrojó de cabeza al río, en cuya superficie no volvió a aparecer más arrastrado por la corriente.

Ante acción tan heroica, los mismos paraguayos que loaron asombrados.

Un momento más tarde acudieron los otros cuerpos, y cambiaba de faz el combate.

El héroe Guelves quedó en el fondo fangoso del río, tumba elegida por el parásito y la gloriosa bandera de la 1.ª Legión de voluntarios.

«Yo soy la abnegación desconocida y la pena ignorada.»

N.

Como debe ser la mujer

El «Pall Mall Magazine» aconseja poco hace, a sus lectores, que cuando se decidieran a casarse no lo hicieran ni con una mujer feminista, ni con una mujer muy bonita.

Con este motivo el eminente académico francés Emile Fraguier, publica en la «Revue Bleue» un artículo de dicho.

«Es necesario responder a la revista inglesa—dice—que es poco artística, y que el arte tiene su sitio en nuestra ventura. La mujer debe ser, no la belleza, por lo menos la gracia del hogar. No se debe prohibir a un pobre hombre, feo como somos todos los hombres, que después de haber codeado todo el día en las calles a gente horrible, se lave la vista, al volver a su casa, con la belleza de su mitad. Ya sé que se dice por ahí que después de tres años de matrimonio nadie piensa en el rostro de su mujer y que la belleza es efímera. Yo mismo, en mi juventud, solía decirme: hay en el casamiento cuatro condiciones de ventura que es preciso exigir de la novia, a saber: la salud, el buen carácter, la fortuna y la fealdad. Pero estas son paradojas. Si la belleza pasa, algo queda—aunque no sea sino el recuerdo. Un poco de belleza no hace daño, creedme. Ella refresca, repasa y desarrolla en vosotros esa gratitud tierna que es lo más sólido en el amor.

«En el fondo la cuestión de la belleza en la esposa, es la misma cuestión del amor en el matrimonio.

«Y yo sostengo que el amor es indispensable, con amor susceptible de transformarse en afición.» De este amor la belleza no es sino un elemento, no hay duda, pero un elemento importantísimo. Así, pues, yo estoy por la belleza en el matrimonio.

«El moralista inglés desconfía también de la mujer inteligente y nos dice que la «señorita superior» despreciará su marido y no se dignará pensar en sus deberes domésticos. En este caso la tal señorita no será inteligente. Será una marisabidilla, una Armanda, una Filomina, una Belisa,

una «pequeña» de Molière; pero una mujer inteligente no. ¡Oh! no. Al contrario. El escritor del «Pall Mall Magazine» confunde las «intelectuales» con las «inteligentes», que no son siempre iguales. La inteligente es la mujer instruida que habla de modo agradable y razona bien. Ésta es la providencia de un hogar. Si lo que mi inglés ha querido decir es que no debemos casarnos con Filomina tiene, muchísima razón.

«Pero siguiendo a la letra sus consejos de casarnos con mujeres feas y feas, llegaríamos a formar una raza de mequetrefes imbeciles. Nietzsche hubiera temblado pensando en esto.

«¿Cómo!—hubiese dicho—de lo que se trata, por el contrario, es de unirnos con mujeres muy bellas, muy inteligentes, para conseguir una raza de hombres superiores, de «superhombres». Y este otro: el publicista inglés no quiere que nos casemos ni con inteligentes ni con bellas mujeres. Ahora bien, en París todas son bellas e inteligentes. ¿Con quién, pues hemos de casarnos?»

Buenafuente.

El idilio de Roberto

(CUENTO)

Roberto estaba loco de alegría.

¡Al fin iban a realizarse sus dulces sueños! Ser esposo de Aurora, poder estar a su lado y contemplarla a su lado a todas horas del día, sentir el influjo de sus miradas ardientes, y escuchar su voz argentina, que tan armoniosamente sonaba en sus oídos era para Roberto la suprema felicidad a la que alcanzaba muy pronto.

Ahora que se encontraba próximo a la dicha sin límites que había soñado tantas veces reposaba en su imaginación sobreabundante por las emociones propias del momento, las mil dificultades que vencer.

Primeramente, la oposición de los padres de Aurora, que le declararon cruda guerra desde el primer momento por juzgarle demasiado joven para su hija.

Demasiado joven, y tenía un año y tres meses más que ella.

Después, tuvo que luchar en su propio terreno y contra su miseria familiar. Sus pequeños, principalmente, comenzaron a sacar tiras de la familia y a sonarse la piel de su pobre novia, y en su defensa libró la más deshonrosa batalla que consiguieron los antepasados de su esclarecido linaje.

Que si era copista, que si iba en sus molinos una desenvoltura impudica de una señorita, que si esto, que si lo otro...

Roberto cobijó a su amada bajo el escudo invulnerable de su cariño, resistiendo impávido la lluvia de puñaladas dardos y acoradas flechas que cayó sobre él en forma de improperios, expresiones comparsivas y dolorosas burlas.

¡Ojalá! ¡Y a ver si la coquetaría no era innata en la mujer?

Desenvoltura! Claro, pero una desenvoltura angélica y noble, elegante. ¡Si eso justamente era lo que más le había cautivado!

Pero a pulso y a recata la, pues la ganaría. Con que una tarde que se hallaron solos en el jardín, se atrevió a pedirle un beso, y ella, con mucha dulzura, eso sí, pero también con mucha dignidad, exclamó:—¡Qué osado es usted!... ¡Un beso!... Eso no se pide...

Eso no se pide...

Y al decir esto estaba un hermoso, tan encantado! Pues aunque yo no insistí, monologaba Roberto, bien recuerdo que después estuvo serio conmigo toda la tarde, enojada, sin duda por mi atrevimiento.

Pero mañana, a estas horas, será su marido; no, su marido no, es muy vulgar esta palabra, su amante en amantísimo esposo.

Por que yo la querré mucho. ¿Y ella? ¿Me querrá ella?

Aurora es el ideal que yo me había forjado. Franca, sincera, candorosa, pero también ardiente y apasionada.

Dios mío, ¿y si me equivoco? No, de ningún modo. Mi anhelo era encontrar una mujer así, capaz de amar con mucho fuego. ¡Qué gusto dar a oír sus dulcísimas frases de cariño. ¡Qué cosas más bonitas me dirá! ¡Esposo mío! ¡Queridísimo esposo!

Y yo, ¿cómo expresaré todo el amor que siento por ella?

En estas y otras cavilaciones, Roberto pasó la noche sin dormir.

Llegó el día de la boda y celebróse la ceremonia con gran esplendor. Los padres de los contrayentes hicieron gala de su riqueza, y en los salones de la casa de la novia, profusamente adornados con flores, reunióse lo más florido de la sociedad bonaerense, según afirmaba en su crónica el redactor de la Vida Social, de un diario de la tarde.

—Aurora, decía con voz emocionada, eres un ángel. Por eso te quiero con idolatría por eso... porque eres un ángel... ¡propio!

—Calla, ¿tonto!—murmuró Aurora dejándose besar.

Y Roberto, radiante de gozo, pensó en alegría.

—¿Es mi ideal? ¡es mi ideal!... ¡Con qué fuego, con qué pasión me ha llamado tanto!

Fuente: Nicolás Ké.

Un tesoro inmenso

Las economías llevan perfectamente al día la cuenta de la existencia y de la producción de oro en el mundo.

En esa cuenta se ha hecho de unos 60 por valor de veinticinco mil millones de pesetas.

¿A donde ha ido a parar ese enorme tesoro? ¿Dónde se encuentra oculto? Porque ese oro no ha podido perderse.

Las suposiciones y las investigaciones han sido muchas, hasta que, por último, se ha supuesto que los veinticinco mil millones están en poder de Rusia, y que esta nación ha ido guardando ese oro con objeto de constituir un inmenso tesoro que algún día le permita imponerse al mundo.

La sospecha ha recibido confirmación en las revelaciones hechas por el nieto de un ministro que fué el zar Alejandro I, y se halla de un todo conforme con las prácticas misterio-

